

EL CASCABEL

MADRID 19 DE MARZO DE 1876.

DESPACHO: Plaza de Matute, 2, librería, Madrid.

MADRID.	Pts.	PROVINCIAS.	Pts.
	3 meses.		2,00
	6 meses.		3,50
	1 año.		7,00

ULTRAMAR Y EXTRANJERO	Pts.	VENTA.	
	3 meses.		Número del día, 2 cuartos.
	6 meses.		Número atrasado, medio real.
	1 año.	Anuncios, á real línea.	

LA FIESTA DE LA PAZ.

Tres días de expansion y regocijo nos esperan. En ellos vamos á ver al rey y á los generales, al frente del ejército victorioso, pasar por los arcos que el entusiasmo ha levantado y recibir coronas de laurel, y ser objeto de grandes ovaciones.

EL CASCABEL vuelve con este motivo á ponerse de gala, y piensa *cascabelear* estos días por todas partes, mezclando sus aplausos y sus vítores con los del pueblo de Madrid.

Todo parece poco para premiar las fatigas de los que nos devuelven la hermosa paz, y con ella la no ménos hermosa esperanza de mejores días.

Pero no hay que olvidar con la alegría cuánto cuesta ese triunfo. El país ha dado á los gobiernos hombres, dinero, cuanto han necesitado. Muchos de aquellos hombres han dejado un vacío en los hogares, penas en los corazones, lágrimas en los ojos.

Otros vuelven triunfantes y ellos son el objeto de nuestra admiración; pero el dinero que se fué ni ha vuelto ni volverá. Hay que contarle entre las bajas definitivas y es necesario reponerlo á fuerza de orden, de economía, de trabajo y de honradez.

Entreguemos nuestra alma á la expansion durante estos tres días, acudamos ó saludar á los que nos traen la paz, arrojémosles coronas, ramos de flores, palomas, poesías; agotemos todas las formas del entusiasmo, del afecto; que las músicas que poblarán el aire sean la expresion de nuestro regocijo, que los vistosos fuegos artificiales y las espléndidas iluminaciones nos sirvan para ver claro cuál es el porvenir que debemos buscar; y al día siguiente de las fiestas, no olvidemos lo que hace falta, lo que urge para que España se reponga: esto es, más trabajo y ménos política, más hombres útiles y ménos hombres importantes, más orden y ménos ambicion, más dinero y ménos despilfarro.

EL CASCABEL querría tener unos brazos muy grandes para estrechar en ellos con efusion á todo el ejército. En la imposibilidad de hacerlo, se limita á desear que pueda dormir en paz y mucho tiempo sobre sus merecidos laureles.

LA PAZ.

Soneto.

Mirad!... mirad!... No es hierro que fulmina,
Odios, venganzas, míseros enojos...
Es una luz que un campo de despojos
Con pálidos fulgores ilumina.
¡Es de la paz la estrella peregrina!
Y el desdichado á sus matices rojos,
Vuelve anhelante los hundidos ojos,
E implora de ella proteccion divina.
¡Es la estrella de paz pura y hermosa
Que de amor y ventura revestida,
Sus dulces rayos sobre España vierte;
Es de Dios la mirada cariñosa
Que hace brotar las flores de la vida
Sobre el campo de espinas de la muerte!

JOSÉ MARÍA DE LA SERNA.

COSAS DEL DÍA.

Toda la villa y corte se trasladará hoy al campamento; es decir, Madrid impaciente sale al encuentro de las tropas y entra en su territorio antes de que ellas entren en Madrid.

A mí que me horrorizan todos los campamentos, me agrada sobremanera el que hoy se visita en la dehesa de Amaniél.

Me gusta porque es el campamento de la paz.

¡Quiera Dios que reine siempre dentro de Madrid la misma alegría y cordialidad que hoy se agita bulliciosa y risueña en sus inmediaciones!

—Dile á tu papá que nos lleve á la misa de campaña.
¡A mí que tanto me gustan las funciones de tropa!

—Primero pediremos licencia á las mamás.

—Bien pensado.

—Yo me acostaré peinada.

—Y yo vestida.

—¡Ya ves! tenemos que levantarnos á las cinco.

—No tengas cuidado, que por falta mia no quedará.

—Veremos.

—Se lo diremos tambien á las amiguitas de enfrente.

—No, por Dios, porque si Amalia viene con la cara, el traje y el peinado de anoche, al vernos llegar van á creer los centinelas del campamento que se acerca el enemigo.

—¿Y Aurora?

—Esa sí, que lleva la paz en la cara.

—¿Por qué?

—Porque como es tan fea no consigue alterar en lo más mínimo á ningun hombre que la mira.



—Que los tenga Vd. muy felices, doña Paz.

—¿Por qué, hija?

—¡Toma! porque hoy es su santo de Vd. Ya sé que es San José y Vd. se llama Paz, pero no importa; hoy es el santo de todos los hombres honrados; de todas las mujeres virtuosas, de todos los españoles. ¡Si viera Vd. qué contenta estoy!

—¿Le ha caído á Vd. la lotería?

—Poco ménos, porque á veces la suerte se le entra á una por las puertas cuando ménos lo piensa; ha de saber Vd. que una señora muy buena y muy elegante (que ya le enseñaré á Vd. en mi casa porque tengo la copia de un retrato que le hizo mi marido que da gozo verle) vino el otro día á vernos, con un carruaje y unos lacayos y unas blondas más ricas y más anchas que las que lleva el padre Félix en el alba cuando dice misa mayor.

—¿Y cuál fué el objeto de tan importante visita?

—El ensargar á mi esposo que pintara unos transparentes con unos letreros muy grandes y unos adornos preciosísimos.

—Le valdrá buenos cuartos.

—¡Ya lo creo! Siempre que viene á casa esa bendita señora es para cosa buena. La mujer del droguero de la esquina, que se pasa la vida hablando disparates de la grandeza, le echaba unos ojos como si se la hubiera querido comer. Desde que se casó con Facundo se hizo una petrolera en toda la estension de la palabra.

—Claro, como que vende *petróleo*.

—Si yo fuera de esas marquesas que tanto critica, daba orden á mis criados de que no comprasen nada en su tienda. Veríamos á ver si entonces caía de su burro.



—¡Vaya un arco el del Ayuntamiento!

—Y dónde me deja Vd. el de la calle de Alcalá.

—Donde lo he de dejar; en su sitio, entre el café Suizo y el café de Fornos; pues así que los dichos arcos pueden llevarse de una parte á otra tan fácilmente.

—Madrid siempre se distingue por su rumbo y por su fantasía; levanta un monumento arquitectónico para lucirlo unas cuantas horas y luego lo echa á tierra.

—La cosa todo se lo merece.

—No digo lo contrario, por eso apruebo que el Ayuntamiento de Madrid tire la casa por la ventana.

—A mí en cuestion de arcos, ¿á que no sabe Vd. cuál es el que más me gusta?

—No adivino.

—El que se dibuja en el cielo de la patria.

—¿Cuál?

—El *arco iris*.



—¿Dónde va Vd.?

—A comprar unos catres, porque con esto de los trenes baratos y de las fiestas, se me va á llenar la casa de gente.

—Lo que abunda no daña.

—Esa cuenta me hago yo; lo que es como vengan todos

los forasteros que aguardo, mi casa va á parecer una Babilonia.

—¡Pues si viera Vd. la mia! tres primos de mi esposo, una cuñada de mi suegra, dos parientes de un amigo de mi hermano, toda la parentela de mi criada, es decir, su pueblo en masa; en fin, aquello es un *arca de Noé*.



—Pero hija, el día de la entrada del rey se necesita papeleta para todo, se exige en los edificios del gobierno, en las casas particulares, en los tablados...

—Solo falta que no la dejen tampoco á una salir á la calle sin ese requisito.

—Pues yo ahora mismo voy á recorrer todo Madrid y á comprometer, aunque sea al Espíritu-Santo, hasta conseguir un rincón en cualquier balcón.

—Yo le diré á Vd., en medio de todo no puede ser más natural lo que pasa, como hay tantos *empeños*, necesariamente tiene que haber muchas *papeletas*.



—Casimira, mucho me gustan las palomitas que estoy criando en la boardilla; las quiero como si fueran hijas mías ó cosa de la familia; pero cuando pasen las tropas yo no respondo de que no las tire á la calle.

—Te guardarás muy bien de hacer semejante cosa.

—Yo tengo que tirar algo, porque el entusiasmo me pone nervioso.

—Bueno es saberlo para estar en ese momento á veinte leguas de ti.

—En la Puerta del Sol arrojarán cuatrocientos pájaros... ya tengo una idea. ¡Magnífico!

—Veamos.

—Me sitúo en la Puerta del Sol, cojo unos cuantos pájaros y me vengo corriendo á casa para echarlos nuevamente desde nuestro balcón.

—Con lo cual será probable que logres quedarte sin pájaros y sin reloj, porque en esos búrullos nunca falta un pájaro de cuenta y vuelo bajo que vaya *picando* en los bolsillos de los transeúntes.



Frente al Senado se ha construido un tablado para que los representantes del país puedan presenciarse cómodamente la entrada de S. M. el rey y su victorioso ejército.

Las papeletas que dan derecho á ocupar un sitio en dicha plataforma son intrasferibles. Así y todo no faltarán *transferencias*.

¡Y que no entienden poco bien eso algunos políticos!



Los senadores y diputados andan á la *greña* por alcanzar billetes para la corrida de toros que se celebrará en obsequio al ejército.

Algunos diputados de oposicion se prometen sacar partido del asunto, tratando de que la mayoría se divida.

Se han repartido ocho mil billetes entre los soldados.

—Yo los hubiera repartido todos, porque la funcion es para ellos.

—Tiene Vd. razon, señá Rita, todo, todito para los soldados, que bien se lo han ganado los pobres.



Y con esto y con la alegoría que EL CASCABEL ofrece á sus lectores en la tercera plana, no dice más, porque la emocion le embarga el badajito.

LOS HÉROES DE LA PAZ.

En los momentos en que el rey vuelve con los soldados, justo es decir dos palabritas bien sentidas de los cuatro generales que han mandado los cuatro cuerpos de ejército.

¡Ahí los tienen ustedes! QUESADA, MARTINEZ CAMPOS, MORIONES y PRIMO DE RIVERA. Ellos son los que han logrado poner término á la lucha terrible que arruinaba á la patria,

ellos los que con el concurso del valeroso ejército han convertido en dulce realidad la esperanza ya casi perdida de vivir en paz y en gracia de Dios.

Yo bien conozco que aquí vendrían de molde los datos biográficos de los cuatro victoriosos caudillos, que los del rey los saben de memoria cuantos le aman y de él el bien esperan; pero en estos momentos decir dónde nacieron, contar sus años, recordar sus colores políticos y hacer historia retrospectiva sería un trabajo impropio y desagradado.

Todos son valerosos, todos han conquistado la paz.

Quesada es el militar de escuela, el hombre ordenancista, serio, indescifrable, severo en el cumplimiento de su deber.

Moriones es de la raza de los caudillos españoles, rasgos de genio, imaginación, maña, atrevimiento, constituyen los distintivos de su carácter.

Primo de Rivera es el tipo del militar elegante, formas agradables, fondo severo. Tiene serenidad y valor. Sonríe en el peligro, y sonriendo siempre, llega, siempre tarde ó temprano al fin que se propone.

Martínez Campos, el más joven de todos, el que ha logrado en breve tiempo adquirir popularidad en el ejército y en el país, posee cualidades excepcionales. Es sencillo, natural, llano, afectuoso: está encarnado en su alma el espíritu de la justicia, es el tipo caballeresco español, de rápida inventiva, de audacia singular ante el peligro, de inquebrantable energía, goza cuando puede hacer bien y es el mejor amigo de sus enemigos vencidos. Es español de sentimiento y de carácter, se identifica con las aspiraciones del pueblo de pura raza y no le gusta nada la política.

Estos rasgos bastan para dar una idea de los cuatro héroes que con el rey en primer término comparten los laureles de la victoria y las bendiciones de los amantes de la paz.

Ellos han vivido durante mucho tiempo en el campo; allí, fuera de Madrid donde todo es artificial, al lado de las desdichas que las discordias han llevado a las pequeñas poblaciones, allí se aprende mejor que en ninguna otra parte a conocer las aspiraciones y las necesidades.

También el joven príncipe que ocupa el trono ha podido apreciar estas necesidades y estas aspiraciones.

¡Quiera Dios que la alegría del triunfo, inspirando a todos en el amor de la patria, haga fecunda y provechosa para esta desdichada nación la influencia y el aprecio que alcanza la victoria al rey y a los insignes generales!

LA VUELTA DEL SOLDADO

—¡D. Baltasar! ¡Doña Rita!

¡Seña Pepa! ¡seña Pepa!

Ya está aquí mi Juan.

—¡Muchacho!

Ven a mis brazos..... aprieta.

—¡Hola, Blas!

—¡Juanillo!

—¡Tía!

—¡Jesús, qué cara tan negra!

—Acumulada con pólvora.

—Pero está guapo de veras.

—¿Y qué eres ya?

—Te diré.....

—¿Has subido?

—A las trincheras;

Soy el que mete más ruido

De la compañía sétima

Del octavo batallón

De la brigada tercera,

Division segunda del

Ejército de la izquierda.

De corneta fui al Norte

Y me vuelvo de corneta,

Con más orgullo que un rey

Y más cruces que una iglesia.

—Pues no llevas pocas cintas.....

—Rojas como las cerezas,

Teñidas catorce veces

En la sangre de mis venas.

—¿Y el cabo Martínez?

—Ese

De guarnición en Estella.

—¿Y Perico?

—En Monte-Jurra.

—¿Y Fermin?

—En Valmaseda.

—¿Y Roque?

—¿Roque?... hace tiempo

Que descansa en Villatuerta.

Bien a tiempo se lo dije,

«Chico, baja la cabeza.»

No me oyó y un pepaiillo

Le dió la absoluta en regla.

—¿Ya no hay carlistas?...
—Ni medio,

Y para mí, seña Pepa,

Nunca los hubo; no he visto

En treinta meses de guerra

Ni un carlista, parecía

Que las montañas aquellas

Vomitaban por resorte

Granadas, balas y piedras.

Mientras íbamos subiendo;

Todos con la lengua fuera

Jadeantes arma al brazo

Y sin alentar apenas,

¡Qué lluvia de proyectiles!

¡Vaya un belén! ¡qué manera

De caer gente y despeñarse

Por derecha y por izquierda!

Pero al llegar a la cumbre

Nada... soledad completa,

Algun muerto... y ni un carlista

Lo ménos en veinte leguas.

—Dime: ¿qué es San Pedro Abanto?

—¡San Pedro Abanto! una peña

Donde San Pedro se baja

De noche a tomar la fresca.

Allí subí con Serrano

Y con Primo de Rivera;

Iba yo tocando ataque,

Me hirieron, y por la cuesta,

Un ángel bajó en seguida

Para ponerme una venda.

No es extraño que lo hiciese,

Porque estábamos tan cerca

Del cielo, que con la mano

Tocábamos las estrellas

—¿Y el ángel?

—¡Vaya un palmito

Que tenía, seña Pepa!

Túnica blanca llevaba

Y una cruz en la pechera

Tan roja como la sangre

Que brotaba en mi cabeza.

Me ató un pañuelo a la frente

Que ahí lo traigo en la cartera.

Tiene un encaje riquísimo;

Es más fino que la seda.

Con unas armas en medio...

—¿Sería alguna marquesa?

—Madre, la Virgen Santísima

No es más guapa ni más buena.

Aquel rostro esta pidiendo

Un altar y cuatro velas.

—¿Y has matado mucha gente?

—De eso no llevo la cuenta;

Yo tiro... cuando me mandan,

Mis balas salen derechas,

Y yo no tengo la culpa

Si alguno se las encuentra.

El día veinte de Enero

Una china en la chaqueta

Me hizo un siete regular;

¡Qué lástima! ¡era tan nueva!

De paso me abrió la carne,

Iba la curiosa almendra.

Derechita al corazón,

Lo vió ocupado por Petra,

Y resbaló por un hueso

Corridita de vergüenza.

Yo solo conquisté un fuerte,

Y el roto de la chaqueta

Me lo tapó el general

Con una cruz de oro y perlas.

«Por la patria has roto el paño,

Dijo: aquí no hay costureras;

Esta cruz de San Fernando

Puede servirte de pieza.»

—Hijo, ven a echarte un rato.

—Hoy iremos de merienda.

—¡Y al teatro!

—¡Y a los toros!

—¡Y a los fuegos!

—Y a la iglesia,

A rezar, madre, por Roque

Un padre nuestro siquiera.

—Dame otro abrazo, hijo mio.

¿Lloras?

—Claro ¡cuántas viejas

No podrán dar los abrazos

Que Vd. me dá!

—¡Fuera penas!

Los vivos a divertirse...

Y los muertos...

—Muertos quedan.

—¡Pobres madres!

—Pobrecillas

Las que se han quedado huérfanas,

—¡Viva la paz!

—¡Viva España!

¡¡Maldita sea la guerra!!!

JOSÉ SOTILLO.

INDISCRECIONES.

CARTA DE JUAN A PEDRO.

Querido Pedro: Supongo, aunque no te has servido comunicármelo ni siquiera en tarjeta postal, que es el medio mejor de gastar poco y de enterar a todo el mundo de lo que a uno le pasa; supongo, repito, que llegarías felizmente a la corte y que te irías derecho a ver al diputado tan amable que conocimos por la primera vez algunos días antes de las últimas elecciones.

Si así lo has hecho, nada te faltará en Madrid. Aquel señor tan llano, tan francote, que cogió en brazos a mi chiquillo y le hizo mil carocas, que enseñó a tu mujer el mejor modo de guisar pollos en pepitoria, y que colmó de elogios a la sobrina del boticario por la relación que echó en la tertulia del señor juez; aquel santo varón todo bondad y afecto, te habrá buscado alojamiento cómodo y barato, te habrá presentado a los diputados, a los ministros, y ya sabrás de corte y de política más que el maestro de escuela que empezó su carrera haciendo fajas en un periódico, y no llegó a gobernador ó algo más como otros, que también hicieron fajas y ahora las dan ó se las ponen, por seguir su vocación de enseñar a los ignorantes; aunque, como él añade, para esta vocación lo más indispensable es carecer de boca y hasta de estómago.

Pues como iba diciendo, estarás hecho todo un señor y así no extraño que con las glorias se te hayan ido las memorias. Pero eso no está bien, y ya que según dicen, ahí se dan fés de vida para cobrar a los ausentes, envíame tú una de presente, que todos los del pueblo esperan con afán saber de tí, de nuestro diputado, de lo que hacen los que van a dotarnos esta vez de lo más necesario para vivir, y sobre todo, a fuer de buenos españoles, de las fiestas y jolgorios que se preparan para solemnizar la paz.

El tío Roque, que es más desconfiado que las onzas antiguas, dice que si esperamos algo bueno, tenemos para rato, y siempre está con su tema de que Dios ha dejado a España de su mano y de que aquí nunca habrá más que los mismos perros con distintos collares.

Como es ya viejo y ha visto mucho, nada tiene de extraño que hable así; pero aquí nadie le hace caso, porque en primer lugar, todo el mundo sabe que si le hubieran dado a su hijo la plaza que pidió vería las cosas de otro modo, y luego que los pocos que sabemos leer hemos leído lo que ha dicho en las Cortes el presidente del Consejo de ministros, y creemos, como él, que lo peor que puede hacerse es llevar y traer las historias de los hombres políticos.

Nada, nada; hay que pasar la esponja, y vida nueva. Aquí esperamos mucho del gobierno, de los diputados y de todos los españoles, y aunque es verdad que hasta ahora las sesiones de Cortes han sido animadas como antes y no han servido más que para sacarse unos a otros los trapos a la colada y decirse unas cuantas picardías con buenas palabras, eso habrá sido por la fuerza de la costumbre y para desahogarse.

Pero ahora que ya se han ajustado las cuentas, confiamos en que se olvidarán un poquito de sus personas para pensar en las nuestras, que buena falta hace.

Conque así, escribe largo y corrido, Pedro; no te dejes nada en el tintero y anima a nuestro diputado para que diga ahí todo aquello tan bueno que con tanto calor hablaba aquí.

Y entre paréntesis, él debe tener buen sastre... pregúntale si podrá hacer las prendas mandándole medida, porque hay muchos aquí que quedaron prendados de la americana que trajo y que querían hacerse otras iguales.

Por el ordinario te enviaré de aquellas guindillas que le gustaron tanto... eso le animará a decir las verdades del Barquero.

Y con esto, no canso más; recibe los recuerdos de tu parenta, de la mía y los de todos los amigos y conocidos; no olvides el encargo del tío Lila ni el de la Pelona, que quiere hacer a su hijo peaton para ver si le quita el vicio de estarse todo el día en la taberna, y dispon de tu amigo que te quiere

JUAN.

(La respuesta en el próximo número.)

LA FIESTA DE LA PAZ



CUADROS VIVOS POLÍTICOS Y SOCIALES

LA PROVINCIA Y LA ALDEA.

Cuadro tercero.

EL ELECTOR CÁNDIDO.

Pocos hoy de esta clase; el tipo se va perdiendo.

Para encontrar alguno que otro individuo de esta familia hay que registrar muchas aldeas y detenerse en aquellas en las que más domina el fervor religioso.

El elector cándido es expansivo, franco, bonachon por naturaleza.

No hay nadie que le gane á optimista.

Cuando el cacique ó alguna de las personas influyentes le pide su voto:

—¿Es cristiano? pregunta.

—Cristiano viejo, contesta su interlocutor.

—¿Es casado, ó soltero?

—Casado y con familia.

—Pero ¿se porta bien, cumple con exactitud sus deberes?

—Es un modelo de esposos y de padres.

—Y ¿qué ideas tiene?

—Lea Vd. su programa.

El elector cándido fija sus ojos en el impreso, y como siempre encuentra *los más levantados deseos en favor del país, el más acrisolado patriotismo, el noble propósito de arrostrar los mayores sacrificios*, y como siempre el candidato ofrece *defender los legítimos intereses de la localidad, procurar que se disminuyan las contribuciones, abolir el sistema de quintas, etc., etc.*; aunque ya muchas veces ha oído prometer estas cosas y ha visto que en vez de cumplirlas los candidatos electos, las han olvidado.

—Eso, eso—exclama con verdadero entusiasmo,—eso es lo que nos hace falta. Yo no daré mi voto más que á los hombres que abriguen estos propósitos.

—Si Vd. puede proporcionarle algunos votos más... nada más fácil que obtener alguna gracia para su hijo.

—De ninguna manera; yo no quiero gravar el presupuesto. He nacido labrador, y mi hijo lo será también.

Lo que yo quiero es tener en las Cortes hombres puros.

—Pues lo que es este que le proponemos á usted es de los pocos.

Y como nuestro hombre necesita creer, porque la fé reboza en su alma, trabaja con ardor, acude á emitir su voto con entusiasmo y al poco tiempo sufre un terrible desengaño.

Pero no importa; no se convence por eso de la trama.

Que vuelva á escuchar otra vez las promesas que á los candidatos inspira esa sirena que se llama política; que pongan ante sus ojos un programa muy bien hablado, y veréis renacer las esperanzas en su corazón, y hacer nuevos sacrificios y confiar siempre en que algún día saldrá la patria de los apuros en que se encuentra.

El boceto que ofrezco á los lectores vá á parecerles inverosímil. Ya he dicho que quedan muy pocos ejemplares de este tipo; pero por la misma razón conviene recordarle, para que siquiera quede memoria de él cuando se estinga, lo que, si no ha sucedido ya, sucederá bien pronto,

CANTARES.

Madre, al ver á los soldados
Que vienen de pelear,
Cuando ellos van por delante,
Se me va el alma detrás.

No me gustan los soldados
Que tienen la cara blanca,
Que me gustan los morenos
Que vienen de la campaña.

Ni en Europa, ni en el mundo,
Ni en la luna, ni en el sol,
Hay nada más sandunguero
Que el ejército español.

En Monte-Jurra fui quinto,
En Abarzuza fui cabo,
Y he hecho toda la campaña,
Todita de cabo á rabo.

Una carcunda en Estella
Me ha robado el corazón,
Y me gustan las carcundas;
Pero los carcundas no.

Aunque con mucho trabajo,
A Peña-Plata llegué;
Allí no falta la *peña*;
Pero *plata*, no hay de qué.

Ya somos todos hermanos,
Ya no hay odios ni rencores,
¡Viva España! ¡viva el rey
Y todos los españoles!

CASCABELES.

EL CASCABEL, que es muy cumplido y no se olvida de sus lectores, á pesar de las fiestas que absorben la atención, se acuerda de que hoy es San José, y como entre los que le leen hay innumerables Josés, Josefás, Pepes, Pepas, Paponas, Pepitos y Pepitas, á todos ellos envía su más cariñosa felicitación.

Si lostiempos fueran mejores, habría mandado hacer varios platos de dulce para obsequiarlos, pero los *pastejeros* andan muy ocupados estos días, y luego está probado que los *pasteles* son indigestos.

El mejor plato que podemos todos saborear es el de la Paz, y EL CASCABEL os la desea en la calle y en casa, en el alma y en el cuerpo..... y sobre todo en el bolsillo.

Conque Pepas y Pepitos
A celebrar este día
Con la paz y la alegría
Que nos traen los soldaditos.
Que de júbilo no quepa
En el pecho el corazón;
Que la afligida nación
Se salve y..... ¡viva la Pepa!

Hasta el Banco se ha enternecido con la emoción y ha destinado 500.000 realitos para los pobres soldados heridos.

Esta sí que no es una salida de *pie de banco*.

Los actores, los músicos, los poetas, todo el mundo quiere contribuir con lo que puede y lo que tiene á mejorar la suerte de los soldados que han quedado inutilizados para el trabajo.

Las suscripciones particulares avanzan.

Un ortopédico ha ofrecido un aparato para el inválido que lo necesite.

Varias criadas de servir, no teniendo otra cosa, han tejido coronas de laurel para ofrecerlas á los soldados.

En toda la semana no va á ser posible comer estofado en ninguna casa.

Se han comprado millares de cajetillas de cigarrillos para regalarlas á los guerreros.

En muchas partes serán los oficiales, sargentos y cabos, convidados á comer.

En los cafés se pelearán los concurrentes por obsequiarlos.

Corren rumores de que varios maestros de escuela se

disfrazarán de soldados para poder comer, beber y fumar estos días.

Mucho ojo.

Varias escenas pintorescas han tenido lugar estos días con los asistentes que han llegado.

—Señorito, preguntó un andaluz á un caballero... ¿me quiere Vd. decir por dónde tiro para dir á la calle de las Gárgaras?

—No conozco esa calle.

—Pues si me han dicho que está detrás del cuartel del Sordao.

—Esa es calle de Góngora.

—Tie usted razón, esa es... pero yo dije *gárgaras*, porque con el polvillo se me ha secado el gañote y me hace falta hacerlas con un buen trago de peleon.—Hasta más ver, amigo.

—¿El barrio de Salamanca? preguntaba otro.

—Este es. ¿Qué calle busca Vd.?

—Se me ha olvidao...

—¿La calle de Serrano?

—No.

—¿Es la de Villanueva?

—Tampoco... es una... así como de que te *corto el cuello*.

—¿Claudio Coello?

—¡Eso es... gracias, paisano!

—¿En qué consiste que ahora se muere menos gente de la que nace?

—No tiene nada de particular que suceda eso estos días, porque naturalmente, ¿quién se muere sin ver los festejos?

—Lo que advierto es que desde que la prensa se ocupó del asunto, las defunciones decrecieron y aumentaron los nacimientos.

—A los periódicos les teme todo el mundo..... hasta la muerte.

—Por eso habrá hecho caso de sus reclamaciones.

—Yo creo que la muerte al ver que la guerra se concluyó se habrá ido con la música á otra parte.

—¡Ojalá no se acuerde de volver á venir!

—¿No decían que iba á erigirse un monumento conmemorativo de la paz en la Puerta del Sol?

—Sí.

—¿Pues cómo hablan ahora de trasladar á dicho sitio la fuente que hay en los jardines del Campo del Moro?

—Entre ambas cosas no veo analogía ninguna.

—Como no sea que el moro de ese campo en que hoy está la fuente fuera un moro *de paz*.

Van aficionándose las señoras á las discusiones parlamentarias.

Ya no se contentan con ocupar su tribuna, sino que tienen pedida la de senadores, y malo es que empiecen á irse posesionando del terreno, porque no será difícil que lleguen á invadir la mesa presidencial.

Algunas ilustres damas se han hecho ya servir el chocolate en el Congreso.

De esto á cambiar de domicilio trasladándose al palacio de la Representación Nacional, no hay más que un paso.

¡Mucho ojo, caballeros!

Yo les diría á las bellas damas que asisten al Congreso... pero no, como dice muy bien Sagasta con inimitable gracejo y picaresca intención, tratándose de señoras no discuto; me doy por vencido.

Se ha puesto á la venta la tercera edición de *Las Tiendas*, de Frontaura. Va precedida de una carta-prólogo de Trueba. La edición es bellísima y cuesta 10 reales. ¿Qué más puede pedirse?

—Pues sí señor, puede pedirse.

—¿Qué?

—Ejemplares del libro para leerlo.

El editor Manini acaba de publicar y poner á la venta en todas las librerías un librito de P. de Kock titulado *Las trece noches de Juanita*.

Yo no lo he leído, pero tratándose del número trece, deben ser aciagas esas noches.

—¿Qué tienes, Rómo?

—Una pena muy grande.

—¿Por qué?

—Porque van á quitar la fuente de la Puerta del Sol.

—¿Y á ti qué más te da?

—Me da mucho, Ruperta. ¿Quieres decirme qué va á ser de mucha gente faltando ese pilon?

CHARADITAS.

I.

«¿Qué cosa fué la que *prima*
Ayer noche en tu cabeza?
Nunca encontré otra ninguna
Que tan bien *segunda* y *tercia*.»
Esta copla con el *todo*,
Cantaba Pepe á mi reja.

II.

A *prima* y *segunda* llevan
Al que acaba de nacer.
Con *prima* y *tercera* asustan
Al «diestro» en el redondel.
Busca en la historia de Cristo
El *todo*, que un hombre fué.

Solucion á la charada del núm. 11:

El diálogo es muy donoso,
Y á no ser de cal y canto,
No era necesario tanto
Para hablar de un amoroso.

Esta solución ha sido enviada por un maestro de escuela, que distrae su apetito aguzando el ingenio. También la han acertado en prosa y á un tiempo tres hermanas suscriptoras de Lora del Rio y las señoritas Doña Mercedes S., de Rioseco, y Doña Eulalia J., de Madrid.

En Madrid la han acertado los suscritores D. R. L., D. H. de M. y D. I. R. de S.

A LOS LECTORES EN CONFIANZA.

La nueva empresa de EL CASCABEL desea demostrar á los suscritores del periódico su gratitud por el concurso que le prestan.

No es justo que los que pagan anticipadamente y casi el doble que los compradores dejen de ser debidamente indemnizados.

Desde el mes de Abril próximo los suscritores de trimestre, semestre y año, recibirán con el último número de cada mes 32 páginas, ó sea dos pliegos de la

BIBLIOTECA DIAMANTE.

Esta Biblioteca publicará novelas y obras de recreo. De este modo cada año recibirá el suscriptor 52 números de EL CASCABEL y dos tomos de la Biblioteca, sin perjuicio de otros regalillos y sorpresas agradables.

Si como es justo atendemos de esta manera á los suscritores, también nos proponemos complacer á los compradores. Este número indica las mejores que deseamos ofrecer. Retratos de actualidad, caricaturas oportunas, escenas y tipos populares aparecerán de cuando en cuando, y daremos gran extensión á las charadas, acertijos, logogrifos, geoglíficos y demás entretenimientos.

Los lectores aficionados pueden enviarnos esta clase de pasatiempos.

En cuanto á la conducta política y social de EL CASCABEL, estamos seguros de que los lectores quedarán satisfechos. Condenar la farsa política, combatir con la sátira á los que solo piensen en su medio y no se ocupen para nada del país, rechazar la holgazanería, enaltecer el trabajo, defender los intereses de la familia, del hogar, en una palabra, dar vida y forma al espíritu español, todo en tono festivo, de un modo que divierta las penas y dé ánimos y armas para luchar por el bien de la patria: hé aquí lo que la nueva empresa de EL CASCABEL se compromete á realizar.

¡Animo, pues..... á suscribirse! ¡A comprar el periódico! ¡A hacer de EL CASCABEL una vibrante campanilla que llame al orden á todos los que faltan á su deber, una ruidosa campana que toque á somaten cuando sea necesario salvar los intereses de la familia y de la sociedad.

Hay que poner el *cascabel al gato*, y solo con el concurso del público podrá el gato, adornado con el cascabel, ahuyentar los ratones.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Madrid.	Provincias.	Ultramar y extranjero.
Tres meses.....	1,75 pesetas.	2,00 pesetas.	3,00 pesetas.
Seis meses.....	3,00 —	3,50 —	8,00 pesetas.
Un año.....	6,00 —	7,00 —	15,00 —
Número suelto del día.....	2 cuartos.		
Idem atrasados.....	Medio real.		
Idem en Francia.....	20 céntimos de franco.		

Las suscripciones hechas en Madrid se admiten en la librería de Sanchiz, Plaza de Matute, 2. Las de fuera deben hacerse enviando su importe al administrador de EL CASCABEL, calle de Jorge Juan, número 5, Madrid.

MADRID.—1876.

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ.
San Miguel, 23, bajo.